

*POR DONDE HAY SOPLO: ESTUDIOS AMAZÓNICOS EN LOS PAÍSES ANDINOS* | por Jean-Pierre Chaumeil, Óscar Espinosa de Rivero & Manuel Cornejo Chaparro (eds.). Actes et Mémoires 29. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP) y Centre Enseignement et Recherche en Ethnologie Amérindienne (EREA-LESC), 2011. 512 pp.

JUAN ÁLVARO ECHEVERRI

doi: 10.5113/ma.3.32336

Esta obra reúne las ponencias del “Congreso internacional de antropología amazónica en los países andinos” que tuvo lugar en Lima en noviembre de 2009. Este evento y el libro resultante hacen parte de las tareas que se ha propuesto Jean-Pierre Chaumeil, investigador del CNRS-Francia puesto a disposición del Instituto Francés de Estudios Andinos IFEA desde 2008, para abrir un espacio a las investigaciones amazónicas en el conjunto de los trabajos del IFEA y sobre todo para poner de relieve la importancia de los intercambios y flujos entre las regiones andina y amazónica, que han tendido a ser vistas como separadas en la ideología, así como en la práctica profesional y en las políticas de los países andino-amazónicos. El IFEA es un instituto de investigación pluridisciplinario auspiciado por el gobierno de Francia; aunque formalmente su área de acción incluye a Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia por su sede central en Lima ha tenido el efecto práctico que su núcleo de actividades, proyectos y publicaciones se haya concentrado en la región andina central y particularmente en el área de la arqueología. El Congreso del cual resultó este libro fue seguido por el “Congreso internacional de antropología e historia amazónicas en los países andinos” (Bogotá, mayo 2011), el cual apunta también a la misma dirección.

Este libro es pues un esfuerzo por destacar los estudios antropológicos andino-amazónicos y fomentar los intercambios entre los investigadores de los países de la región en colaboración con los expertos franceses vinculados a ellos, con la adición significativa de dos investigadores del Brasil. El conjunto de autores demuestra el interés por reunir una representación de diferentes países. El grupo mayor de autores es peruano, incluyendo a Luisa Belaunde, María Chavarría, Manuel Cornejo, Óscar Espinosa y Daniel Morales Chocano, además de dos nor-

teamericanos vinculados al Perú por muchos años, Jaime Regan y Richard C. Smith, y de Stefano Varese, de origen italiano pero ya una referencia de la antropología peruana, quien estuvo a cargo de la conferencia inaugural. De Colombia participan dos figuras de la antropología amazónica, Roberto Pineda Camacho y François Correa, además del arqueólogo Santiago Mora, actualmente residenciado en Canadá. De los otros países andinos están Jorge Arellano López (Bolivia) y José Antonio Kelly (Venezuela). A este grupo se suman los expertos franceses: Isabelle Combès (Bolivia), Alexandre Surrallés (Perú), Jean P. Chaumeil (Perú y Colombia), Phillipe Erikson (Brasil, Perú y Bolivia), Stéphen Rostain (Guayanas, México, Brasil, las Antillas), y dos invitados del Brasil como conferencistas magistrales: Eduardo Góes Neves, arqueólogo, y Carlos Fausto, antropólogo. El libro es además resultado de un trabajo de cooperación entre instituciones francesas y peruanas: el IFEA, que convocó el evento, y el Centro EREA-LESC, al cual está adscrito Chaumeil, por la parte francesa, y la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y el Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP), por la parte peruana, a las cuales pertenecen los otros dos editores del libro: Óscar Espinosa, de la PUCP, y Manuel Cornejo, del CAAAP.

El título del libro, *Por donde hay soplo*, el mismo que fue dado al Congreso de 2009, es una alusión al soplo chamánico —no hay que olvidar que Jean-Pierre Chaumeil es un especialista en los estudios del chamanismo—. Los editores nos informan en la introducción que con esa expresión quieren sugerir la idea de “insuflar” un nuevo aliento a los estudios amazónicos —afectados, agregaría yo, por ideologías de los países andino-amazónicos afincados en los Andes y en la costa, las barreras lingüísticas y de circulación de las publicaciones, y los chauvinismos y celos institucionales que impiden una comprensión de Amazonia en su contexto regional suramericano—. Que se requieran habilidades de chamán para moverse en ese terreno es significativo. *Por donde hay soplo* nos señala precisamente hasta dónde alcanzan las redes de relaciones y la “brujería” de Jean-Pierre y sus “asistentes”, tanto editoriales como espirituales. Un hecho significativo de esta magia es la de atraer y dar a conocer a los colegas brasileiros en el mundo hispanohablante, una separación imperdonable, más aun cuando estamos hablando de Amazonia. Y otro logro de su “curación” es la de poner en conversación a los antropólogos y otros especialistas de los países andinos, que tendemos a ensimismarnos en nuestras fronteras nacionales, institucionales y temáticas. Que sea una institución francesa la que lo pueda propiciar relampaguea como un *déjà vu* de un orden colonial del mundo: los investigadores metropolitanos traspasan fronteras, siguiendo agendas “imperiales” (*sensu* Stocking), y los suramericanos permanecen dentro de ellas, sirviendo agendas nacionales. Esto no es una crítica ni una descalificación; al contrario, me parece que el IFEA, con este libro y sus otras actividades, está prestando

un servicio al campo de la investigación andino-amazónica y señalando caminos que deberían ser asumidos por las instituciones de nuestros países.

Esta obra consta de 19 capítulos, además de la introducción, que ocupan algo más de 500 páginas. El libro está dividido en cuatro partes, intercaladas con dos “interludios” que corresponden a las conferencias magistrales de Eduardo Góes Neves y Carlos Fausto, y encabezadas por la conferencia inaugural de Stefano Varese. Las cuatro partes son: Arqueología amazónica; Relación Andes y Amazonia: etnografía y etnohistoria; Antropología, sociedades y movimientos indígenas; y Usos y patrimonialización de las lenguas y de la cultura. Estos focos temáticos nos señalan una agenda que no es casual. La arqueología es el área en la que el IFEA ha invertido más esfuerzos, con un énfasis muy fuerte en los Andes centrales; esta parte del libro contribuye a esa tradición trayendo una perspectiva amazónica y suramericana. La relación Andes-Amazonia es uno de los objetivos explícitos del Congreso y del libro, que busca dilatar el énfasis andino y costero que ha prevalecido en el accionar del IFEA. La tercera parte aborda una característica fundacional de la antropología latinoamericana, la de su responsabilidad social y política con los movimientos indígenas y populares, renovada por los acontecimientos de Bagua en 2009. Por último, la patrimonialización es un tema que ha sido puesto en la agenda cultural por la Unesco, por la mercantilización de objetos, culturas y lenguas, y sin duda por el avance de la industria del turismo sobre Amazonia. No están presentes en el libro temáticas tradicionales en los estudios amazónicos como las relaciones cultura y naturaleza y las cuestiones del conocimiento tradicional, sobre todo en lo que puede significar con relación a los impactos del cambio climático. Tal vez el “soplo” de los editores no alcanzó o no quiso alcanzar hasta esos linderos –de todas maneras son las memorias de un congreso, no una enciclopedia–.

Las dos primeras partes son de corte histórico y etnológico, y las otras dos abordan temáticas sociopolíticas contemporáneas. Estas dos mitades tienen enfoques contrastantes y parecen dialogar poco entre ellas. Los editores aparentemente buscaron subsanarlo intercalando los “interludios” entre las partes; por ejemplo, la conferencia inaugural de Varese, que traza su trayectoria intelectual y política de 40 años en el Perú, ubicada al inicio del libro, podría ser muy bien la introducción de la parte III; y el interludio de Carlos Fausto, colocada al inicio de la parte II, sería más coherente con los textos de la parte IV.

Destacaré tres asuntos a los que la obra en su conjunto contribuye y a partir de ellos haré referencia a los capítulos individuales: (1) continuidad y relaciones Costa-Andes-Amazonia; (2) responsabilidad política de los antropólogos y sus relaciones con los movimientos indígenas; y (3) transformaciones sociales y cambio cultural.

Las dos primeras partes del libro construyen un sólido argumento sobre la continuidad histórica y etnológica entre la región amazónica, la región andina y el litoral atlántico. El interludio de Góes Neves coloca los avances en la arqueología amazónica en el contexto de la prehistoria del continente suramericano; Neves discute las diferentes trayectorias políticas de las sociedades de las tierras bajas amazónicas y las del litoral de los Andes centrales, retomando la hipótesis de Carneiro de la correlación entre circunscripción geográfica y el surgimiento de Estados y presentándonos a Suramérica como un laboratorio para estudiar procesos diferenciales de cambio o estabilidad en el curso de unos pocos milenios. Rostain retoma un punto de Neves sobre procesos acelerados de cambio en el primer milenio de la era cristiana, mostrándonos que casi simultáneamente surgieron sociedades complejas en diferentes partes del continente, evidenciadas por grandes obras en tierra, complejos urbanos, obras hidráulicas, entre otros. Arellano López estudia dos zonas arqueológicas justamente en la intersección Andes-Amazonia (piedemonte boliviano y ecuatoriano), y Morales Chocano y Mora abordan los estudios arqueológicos amazónicos en Perú y Colombia respectivamente en el contexto de las teorías hegemónicas de Tello y Lathrap, en Perú, y Reichel-Dolmatoff, en Colombia. La segunda parte refuerza estos puntos desde la etnografía y la etnohistoria. Smith nos ofrece una hipótesis sobre el territorio yanés que, según la tradición oral y la toponimia, se habría extendido hasta el litoral central de los Andes, proveyendo una hipótesis para un sustrato arawak que atravesaría todo el continuo Amazonas-Andes-Costa. Regan interpreta motivos cerámicos mochicas (de la costa) a partir de mitos jíbaro (piedemontanos). Combès, a partir de crónicas coloniales, testimonios contemporáneos y arqueología, discute las posibles relaciones entre pueblos de las tierras bajas y asentamientos inca de la sierra Chiriguaná. Chaumeil muestra que las cuerdas anudadas o *kipus*, tradicionalmente asociados a los incas, se encuentran en muchas otras culturas del continente y discute en particular el caso de las cuerdas anudadas de los yagua. De las dos últimas partes destaco dos artículos que aportan elementos adicionales sobre esta relación. El artículo de Correa plantea la antigüedad de las relaciones de los pueblos andinos y amazónicos en el contexto del movimiento indígena en Colombia, y el artículo de Bealunde sobre el *chiton-te*, diseños pintados o bordados que usan las mujeres shipibo, cuyos diseños son atribuidos a las divinidades *inka*.

La conferencia inaugural de Stefano Varese, en un tono personal y sincero, es un magnífico texto que trasciende el ámbito de la antropología peruana y sirve como un espejo de toda una generación de antropólogos latinoamericanos que transitamos entre la academia y el involucramiento activo con las políticas sociales y el movimiento indígena. Varese nos pone de presente que el involucramiento

político de los antropólogos, con todo lo bueno y lo malo que haya podido tener, es inmediatamente un asunto científico y epistemológico: ¿qué nos enseñan los indígenas a partir de su visión “cosmocéntrica” y territorial (en un sentido vital) frente a la visión, en sus palabras, “antropo-econocéntrica” que domina la mentalidad y la práctica de las élites políticas de los países andino-amazónicos? Aprendí mucho más sobre la antropología peruana de la conferencia de Varese que del texto de Espinosa que la aborda, así como el de Pineda sobre la antropología colombiana, más como una sucesión de hitos institucionales (creación de institutos, fundación de departamentos); en ambos casos aparece, en la segunda mitad del siglo XX, una investigación antropológica con preocupaciones más académicas llevada a cabo por antropólogos extranjeros, frente a antropologías nacionales marcadas por el surgimiento de los movimientos indígenas que van a caracterizar las carreras de muchos antropólogos, mas no tanto la orientación de los departamentos de antropología. Las nuevas generaciones de antropólogos en ambos países no parecen compartir el entusiasmo político de la generación precedente; o bien, como lo señala Espinosa, optan por aceptar posiciones en las empresas o en ONG, o bien prefieren temas diferentes a la etnología indígena, una tendencia creciente en estos países. El texto de Surrallés, que cierra la tercera parte del libro, nos muestra la experiencia de un antropólogo extranjero, que hizo su trabajo de campo hace unas décadas en un ambiente donde los antropólogos eran vistos con desconfianza por los líderes indígenas, y ahora es llamado a colaborar con esos mismos movimientos, precisamente en su calidad de antropólogo, como un aliado que puede ayudar aportando argumentos a favor de la relación de los pueblos con sus territorios. Parecería que los antropólogos pueden servir más a las luchas indígenas en su calidad de científicos que en su calidad de activistas.

Carlos Fausto es también llamado por los indígenas a colaborar, así como Surrallés, pero ya no para apoyar luchas territoriales, sino para “preservar la cultura”, que los mismos *kuikuru* del Alto Xingú (Brasil) perciben que corre el peligro de perderse porque las nuevas generaciones no quieren mantenerla, en particular el rico acervo de cantos rituales. La tarea de Fausto es la de documentar. El Alto Xingú conforma un complejo multiétnico, producto de una historia de contactos, transformaciones y continuidades de larga duración. ¿Cuál es entonces la diferencia entre esa historia de transformaciones y cambio y las transformaciones actuales frente a lo que ellos llaman “el olor de los blancos”? En esa noción *kuikuru* del olor, material pero intangible, encuentra Fausto una pista para entender las transformaciones actuales, que más que “aculturación” o “fricción interétnica” derivan de la deslocalización y de “la multiplicación de imágenes y simulacros” (p. 210). El artículo de Fausto está muy relacionado con el de Kelly, aunque

separados por más de 200 páginas en el libro, que trata sobre la política indigenista en la Venezuela de Chávez. Frente a un discurso bolivariano que se apropia de la indianidad (“socialistas originarios”) como elementos constitutivos de la identidad nacional en un proyecto de mestizaje, el caso yanomani, presentado por Kelly, nos estaría mostrando una “teoría indígena de la transformación” (p. 439) en lo que él llama el “anti-mestizaje” (volverse blanco pero no para asimilarse sino para transformarse en otro). Estas formas de abordar el cambio y la transformación cultural, sin duda inspiradas en el pensamiento de Viveiros de Castro y más allá en Lévi-Strauss, resuenan en alguna medida en los textos de Chavarria, sobre el uso de la escritura en las sociedades indígenas actuales, de Belaunde, sobre los *chitonte* (telas con dibujos pintados o bordados) de los shipibo (Perú), y de Erikson, sobre las transformaciones de los prácticas y significados de los cantos rituales de los chacobo (Bolivia).

Esta obra es una adición bienvenida a la rica bibliografía que el IFEA ha producido en sus más de 60 años de existencia. Es además una invitación a promover y continuar los intercambios entre los científicos e instituciones de los países andino-amazónicos y entre las regiones andina y amazónica, que implica una conversación e intercambio más fluido entre estos países y el Brasil.